

Catecismo 39 - 43. LA PROFESIÓN DE FE.

¿Cómo hablar de Dios?

2011

Mons. JOSÉ IGNACIO MUNILLA

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra Madre, la Iglesia.

Después de haber hablado de las vías de acceso al conocimiento de Dios, después de haber hablado de la capacidad que tenemos de conocer a Dios desde las facultades naturales, de la razón especialmente, se nos ha explicado el conocimiento de Dios según la Iglesia, es decir, qué han dicho los concilios de la Iglesia, el magisterio de la iglesia sobre la capacidad que tiene el hombre de conocer naturalmente a Dios. Ahora concluimos esta reflexión con un apartado que tiene como título ¿Cómo hablar de Dios? Estamos poniendo las bases de lo que después el catecismo va a utilizar como herramienta, porque el catecismo, aunque parte de la revelación de Dios, utiliza el lenguaje humano. La teología parte de la revelación de Dios, que Dios mismo se ha descubierto, se ha dado a conocer, pero claro, nosotros tenemos que expresarlo con palabras humanas, con términos humanos, así la pregunta es ¿cómo hablar de Dios desde nuestros parámetros? Porque evidentemente tenemos que utilizar palabras e imágenes humanas para hablar de Dios, lo que plantea una dificultad al tiempo que una oportunidad para conocerle, pero hemos de ser conscientes de que esa forma de acceder a Dios es imperfecta. Dice así el primer punto:

Punto 39

Al defender la capacidad de la razón humana para conocer a Dios, la Iglesia expresa su confianza en la posibilidad de hablar de Dios a todos los hombres y con todos los hombres. Esta convicción está en la base de su diálogo con las otras religiones, con la filosofía y las ciencias, y también con los no creyentes y los ateos.

En estos puntos que hoy vamos a explicar podría parecer que cada punto niega al anterior, pero no, no se trata de que lo niegue, sino que vamos matizando lo que queremos decir. Es decir, lo que se afirma en el punto 39 que la Iglesia Católica tiene una visión optimista de la capacidad del hombre de conocer a Dios, ahora bien, cuando decimos optimista no quiere decir que nosotros vayamos a hablar de Dios como si fuese el vecino, o alguien cualquiera que puede ser objeto de un seguimiento nuestro, que le ponemos una cámara para espiarle o seguirle, obviamente no... Dios es un ser trascendente y no podemos pretender hablar de Él como hablamos del vecino, que nuestro conocimiento de Dios es real, es verdadero, que el hombre es capaz de hablar de Dios, pero ha de ser de una forma humilde.

Ha habido a veces, un subrayado excesivo en la afirmación de que de Dios sólo se puede hablar desde la perspectiva de una teología o lenguaje apofático. Apofático viene a significar que Dios es tan grande, tan trascendente, tan lejano al hombre que de Él prácticamente no podemos decir nada. Es un subrayar hasta tal punto la trascendencia y lejanía de Dios que es como decir que Dios es tan lejano y diferente al hombre que prácticamente no podemos decir nada de Él, en todo caso podemos decir lo que no es, no es material, no es como nosotros, no es... pero no podemos afirmar nada en positivo, sino más bien en negativo. Claro que esto tiene algo de razón, pero afirmarlo sin matizarlo sería incorrecto porque Dios, que es grande, ha hecho al hombre interlocutor suyo, Dios nos ha hecho capaces de hablar con Él. No vale con subrayar unilateralmente uno de los aspectos de que Dios es infinitamente lejano, trascendente... pero precisamente porque Dios es así de infinito, omnipotente, Dios ha hecho al hombre a su imagen y semejanza y nos ha hecho interlocutor suyo.

Otra tentación es la tentación ha sido la tentación gnóstica, el gnosticismo fue una de las primeras herejías en la historia de la Iglesia, era una pretendida descripción del misterio de Dios como reservada exclusivamente para unos pocos elegidos, para unos sabios, algunos hombres estaban destinados por su especial inteligencia porque habían estado estudiando los misterios ocultos, Dios está reservado para unos cuantos inteligentes, para unos privilegiados. Bueno, no es verdad, la Iglesia siempre rechazó esa tendencia gnóstica y recordó esas palabras de Jesús en el Evangelio que Dios se esconde a los soberbios y se revela a la gente humilde. No es verdad que tengan más posibilidad de conocer a Dios las personas que tengan un acceso especial a la cultura y no digamos nada al secretismo, a toda esa tendencia que existe a lo oculto, hacia el ocultismo, como si el conocimiento de Dios estuviese supeditado a unos secretos que alguien ha escondido en un manuscrito, etc. Aquí empalmamos con toda una literatura que se ha puesto de moda tipo Código da Vinci y todo este tipo de libros. Sencillamente también tenemos que rechazar claramente esta tentación del ocultismo o de que Dios esté reservado para unas mentes privilegiadas que escrutan los misterios de no sé dónde.

Por el contrario, ¿Cómo es posible que podamos hablar con Dios? Bueno, por una parte, por el misterio de la humildad de Dios que nos ama y se acerca a nosotros

y nos ha creado, elevándonos por la creación a una condición que, sobre todo, lo más grande que puede decir un hombre es que sea interlocutor de Dios. Que yo hable con Él, que Él hable conmigo. Eso es una gracia, por la creación, Dios nos ha capacitado para tal cosa. El punto que estamos comentando dice que esto también supone que entre nosotros podamos hablar de Dios, que hablemos de Dios con los creyentes de otras religiones, y con los ateos y agnósticos. No es exclusivamente hablar por no callar, sino que tenemos la capacidad. Precisamente la auténtica enfermedad, el auténtico signo de alarma es que el hombre no hable de Dios, que hable únicamente de cosas intrascendentes. Vemos que en nuestra sociedad existe una tendencia a hablar de cotilleos, curiosidades del prójimo, etc. de lo que deberíamos hablar más es de lo verdaderamente importante, lo decisivo, lo lógico es hablar de Dios, lo ilógico es hablar de tonterías, hablar por no callar. Con esto no quiero decir que no podamos hablar de fútbol, también existen unas sanas distracciones, pero el hecho de que nuestras conversaciones sean siempre, sistemáticamente, intrascendentes y no hablemos de las grandes cuestiones de nuestra vida, que sean como temas tabúes, en el fondo es como una infrutilización de la razón humana. Tenemos una capacidad de preguntarnos grandes cosas y a veces, sin embargo, únicamente hablamos de un cotilleo u otro cotilleo, si va a hacer buen tiempo o no. Por eso a mí me impacta mucho cuando uno va a visitar un Carmelo, en muchos locutorios suele poner una famosa frase de Santa Teresa de Jesús *“Hermanas, o hablar de Dios o no hablar, que en casa de Teresa esta ciencia se profesa”*. Una frase que te hace pensar, *“Oye, que Dios nos ha hecho capaces de hablar de Él y hablar con Él y estamos aquí todo el día hablando de fútbol”*. Es como si nos hubiesen regalado un coche deportivo y vamos siempre a 10 por hora, es un poco ridículo tener un coche capaz de alcanzar una gran velocidad para ir con él a 10 por hora, para eso con una bici tenías suficiente, pues algo así ocurre. Dios nos ha dado una capacidad, con mucha humildad, de abrirnos a los misterios de Dios y nosotros estamos hablando únicamente de pequeñeces, que para eso no hace falta ser imagen y semejanza de Dios.

Esta es la primera reflexión, que se complementa con una referencia al punto 851 que dice así: **En efecto, "Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad" (1 Tm 2, 4). Dios quiere la salvación de todos por el conocimiento de la verdad. La salvación se encuentra en la verdad.** Dios nos ha creado para la VERDAD con mayúsculas, y el hombre tiene hambre y sed de la verdad. Por eso, es una gran contradicción que planteemos nuestra vida de tejas para abajo y no de tejas para arriba, que nuestras conversaciones siempre sean intrascendentes y no nos planteemos las grandes cuestiones que afectan a la felicidad definitiva del hombre. ¿Cómo hablar de Dios? Sí, somos interlocutores suyos, pero al mismo tiempo tenemos que hablar con humildad.

Seguimos comentando el punto siguiente. ¿Cómo hablar de Dios?

Punto 40

Puesto que nuestro conocimiento de Dios es limitado, nuestro lenguaje sobre Dios lo es también. No podemos nombrar a Dios sino a partir de las criaturas, y según nuestro modo humano limitado de conocer y de pensar.

Habíamos comentando antes que los puntos de hoy, cada uno matiza al anterior, sin negarse. Si en el punto anterior hemos afirmado que Dios nos ha creado como interlocutores y que podemos hablar de Dios y que, el hecho de que no utilicemos nuestra capacidad de lenguaje y de raciocinio para hablar de Dios es como infrautilizar la capacidad de conocimiento y de dialogo del hombre, ahora se dice, ¡jojo! ¡que nuestro conocimiento de Dios es limitado! que de Dios podemos y debemos hablar, pero hay que hacerlo de un modo humilde. Hemos de darnos cuenta de que hablamos de Dios siempre a través de las criaturas, tomando a las criaturas como referencia para llegar al creador. Si este paisaje que estoy observando, si el firmamento y las estrellas es tan inmenso, tan hermoso, tan impresionante... ¿Cómo será Dios? Y estamos partiendo de las criaturas para llegar al creador. Pero obviamente, la visión de Dios no es posible en esta vida. La visión de Dios será un modo de conocimiento de Dios esencialmente superior que es la visión de Dios que tiene lugar en el cielo, lo que se llama visión beatífica. En el cielo hay una capacidad de conocimiento de Dios que es esencialmente diferente, allí Dios mismo es objeto directo de conocimiento, aquí tiene que ser indirecto. A través de las criaturas llegamos al creador. La visión de Dios es esencialmente, infinitamente superior en el cielo. Esto nos tiene que hacer caer en cuenta de que nuestra forma de hablar con Dios debe de ser muy humilde y nos tiene que hacer concluir que en muchos momentos que Dios se muestra como un misterio para nosotros que no comprendemos, suele haber algunas ocasiones en nuestra vida que resulta incomprensible como en la providencia de Dios se permiten ciertas cosas. No lo entendemos. Muchas veces tenemos que decir, Dios sabe más, yo no entiendo nada, pero solo sé que Dios “es” y es bueno, y es infinito, y tiene un plan providencial de salvación del mundo, Dios sabe más. Esta reflexión de “*Dios sabe más*” es muy importante porque hay momentos en los que es básico saber pronunciarla, además, no con una especie de resignación propia de quien no le queda más remedio, sino con la confianza de que decir *Dios sabe más* es decir también, confío en Él, Dios es bueno.

Fue la gran lección de Job, es prácticamente la tesis del libro de Job, o una de las tesis, si no la única. El libro de Job viene como a decir “¿Tú te crees que tú puedes pedirle cuentas a Dios? ¿Tu pretendes meterte en la mente de Dios para decir esto es justo o esto es injusto? ... si tú no tienes ni idea ¿tú has contado las estrellas del cielo? ¿tú has contado las gotas de agua? ¿los granos de arena de los desiertos?... A Job se le va haciendo entender que él se ha rebelado frente a Dios porque no ha entendido algunas cosas y finalmente se concluye el libro de Job diciendo “*Señor, hablé una vez y ya no voy a hablar indebidamente de ti*”. Por tanto, capacidad de hablar de Dios sí, pero tiene que

ser siempre una capacidad humilde, a través de las criaturas. Por ejemplo, con mucha frecuencia en este programa del catecismo utilizamos imágenes comparativas, yo soy consciente que a veces cuando se explican cosas ayudan algunos ejemplos que se pongan, algunas imágenes. Por ejemplo, estamos hablando de algún aspecto concreto del Evangelio y decimos, al igual que nos pasa con los hijos, como en la familia los padres con los hijos... y ponemos un ejemplo relativo a la familia, que suele ser uno de los ejemplos más recurrentes. Pero es verdad que tenemos que hablar de la familia o recurrir a ese ejemplo de una manera humilde porque no es que Dios sea como nuestro padre o nuestra madre, sino más bien al revés, nuestro padre o nuestra madre han sido creados a imagen y semejanza de Dios, su paternidad, su maternidad son una participación de la paternidad o maternidad de Dios. Así no es que “Dios sea como” sino más bien hay que decir que “nosotros somos imagen o semejanza de Dios” y nosotros estamos llamados a ser como Dios. Así, debemos poner ejemplos, imágenes porque las necesitamos, porque nuestro conocimiento necesita puntos de referencia para hablar de Dios, no podemos hablar de Dios en el vacío.

En esto somos muy distintos que esas concepciones orientalistas en las cuales el conocimiento de Dios consiste en hacer un vacío mental, no voy a pensar nada, entonces es cuando yo me quedo en el vacío mental es cuando ya me he fusionado con Dios que es el todo, yo soy la nada y entonces desde el vacío interior...no pienses, no sientas... Mire usted, esto no es partir de la realidad del hombre, Dios nos ha hecho con una capacidad de conocimiento a través de las criaturas que reflejan la luz de Dios, por tanto, si las criaturas reflejan la luz de Dios aunque la reflejen imperfectamente, no se trata de que yo me quede en el vacío, que yo no piense ...¡no!... ese tipo de concepciones orientalistas en el fondo parten de un desprecio de la materia, de un desprecio de la creación, como si todo lo material no fuese bueno y creado por Dios y hubiese que desprenderse de eso para unirse con Dios. No. Dios no es solo creador del alma sino también del cuerpo y también lo es de nuestras facultades sensibles y nuestras facultades racionales. Lejos de tener que llegar al vacío del pensamiento para unirnos con Dios hay que utilizar el pensamiento, pero humildemente, diciendo muchas veces, *Dios sabe más*. Yo conozco a Dios porque Él ha querido darme esa capacidad para conocerle y Él ha querido ser conocido, pero le tengo que conocer humildemente, al modo humano, como una criatura, todavía lejos de esa visión de Dios que Él nos concede poder tener en la visión beatífica en el cielo. Aquí conocemos como en sombras, pero allí conoceremos a Dios cara a cara.

Seguimos con el punto 41 y dice:

Punto 41

Todas las criaturas poseen una cierta semejanza con Dios, muy especialmente el hombre creado a imagen y semejanza de Dios. Las múltiples perfecciones de las criaturas (su verdad, su bondad, su belleza) reflejan, por tanto, la perfección infinita

de Dios. Por ello, podemos nombrar a Dios a partir de las perfecciones de sus criaturas, "pues de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor" (Sb 13,5).

Recordáis que ayer explicábamos lo que significa analogía. La relación que hay entre la criatura y el creador está entre dos extremos opuestos. Un extremo es decir que la criatura es tan distinta del creador que no tiene ningún punto de relación con ella, es absolutamente diferente. Y, por el contrario, el error opuesto es decir que la criatura y el creador se confunden, no hay diferencia, es como el panteísmo. Entre estos dos errores de signo totalmente opuesto existe el equilibrio de decir "Hay una diferencia esencial, pero hay una semejanza", es decir, hay una analogía. En parte distinto, en parte similar. Eso es la analogía. Cuando hablamos de Dios, hablamos porque existe una analogía porque si no, no se podría hablar de Él.

Dice este punto que las criaturas poseen cierta semejanza con Él. Estamos obligados a preguntar, dice San Agustín en su libro de Las Confesiones, preguntad a las criaturas quién fue su creador, preguntad a las criaturas quién las ha dejado revestidas de hermosura y de belleza, y ellas os contestarán que fue Dios, que fue el creador, que no somos nosotros la belleza absoluta. Las criaturas en parte nos acercan y en parte nos esconden a Dios. Nos acercan a Él porque son como un reflejo de la belleza de Dios, pero al mismo tiempo nos lo esconden, es como el pan de la Eucaristía, si se nos permite este ejemplo, que nos acerca a Dios infinitamente pero también lo esconden. Así pasa con esta cierta semejanza que tienen de Dios las criaturas, son verdad, son buenas y son bellas. *"Y vio Dios lo que había hecho. Y era bueno, y era verdadero."* Nosotros nos preguntamos y a través de las criaturas tenemos esa capacidad de llegar a Dios, pero al mismo tiempo limitada porque nos revelan la luz de Dios, pero también en parte nos las esconden. Tú ves la luna y te acerca a la luz del sol porque te la refleja, pero al mismo tiempo te lo esconde porque no ves directamente al sol, sino que lo ves reflejado en la luna.

Como veis, es una postura matizada la que la Iglesia Católica nos presenta a la hora de describir la capacidad que tiene el hombre de conocer. Es muy importante tener los cimientos bien puestos porque luego vamos a estar siempre fundándonos en esta concepción que tenemos optimista, esperanzada y al mismo tiempo humilde de nuestra capacidad de hablar con Dios.

Vamos al punto 42 dentro de este apartado ¿Cómo hablar de Dios? Son 5 puntos que se matizan y se complementan. Vamos al punto 42.

Punto 42

Dios trasciende toda criatura. Es preciso, pues, purificar sin cesar nuestro lenguaje de todo lo que tiene de limitado, de expresión por medio de imágenes, de imperfecto, para no confundir al Dios "que está por encima de todo nombre y de todo

entendimiento, el invisible y fuera de todo alcance" (Liturgia bizantina. *Anáfora de san Juan Crisóstomo*) con nuestras representaciones humanas. Nuestras palabras humanas quedan siempre más acá del Misterio de Dios.

Esas palabras de inefable (que no se puede hablar de ello), incomprensible, invisible, inalcanzable son de la anáfora litúrgica de San Juan Crisóstomo. Dios trasciende toda criatura. Es preciso siempre purificar lo que decimos de Dios. Saber que hablamos de Dios, pero siempre nos quedamos cortos, Dios está más allá de lo que hemos dicho de Él. Por eso, por ejemplo, suele ser importante que cuando imaginamos cosas de Dios purifiquemos la imaginación. Especialmente hay personas que tienen una imaginación muy viva y tienden a hacerse una imagen de Dios... "¿Pero esto cómo es? ¿Pero Dios Padre es...? ¿Tiene barba? (permitidme la broma) ¿Pero es larga o corta? ¿blanca o negra?" ¡Que nosotros tenemos una tendencia a imaginar las cosas y además nos gusta imaginar muy concretamente y tenemos que desprendernos de eso! También algunas personas suelen tener una carencia, una tendencia a buscar visiones, supuestas revelaciones... que también puede tener cierta relación con esto, a veces necesitamos que alguien nos cuente las cosas y con detalle, "... y entonces allí estaba la Virgen María y a la derecha este...", tenemos una tendencia excesiva a tener todo concretamente imaginado, descrito. Pero no es así y no puede ser así porque todavía no estamos en la visión del cielo. "Oiga ha fallecido mi marido, un conocido", y allí "¿Cómo podré hablar con él?". Y no digamos nada cuando alguien pregunta "Ha fallecido mi perro y ¿Cómo podré verlo allí?". Tenemos una tendencia excesiva a intentar saberlo todo y es que hay muchas cosas que son un misterio que nos supera. Dice el Evangelio que allí seremos como ángeles, que allí no seremos marido y mujer seremos como ángeles en el conocimiento de Dios. "Pero... ¿Me puede concretar más eso?" Pues no lo sabemos...

En los Evangelios se nos ha dicho lo suficiente. No pretendamos con nuestra imaginación concretarlo de una manera que no está concretada en el Evangelio. Se nos ha dicho lo suficiente, ahora también esa especie de curiosidad excesiva que tenemos hay que ofrecerla a Dios, y hay que saber abandonarse. Dicho de otra manera, dice aquí, que nuestras palabras humanas quedan siempre más acá del misterio de Dios. Es decir, hablamos de Dios, pero siendo conscientes de que la descripción que hemos hecho de Él es imperfecta. Aquí hay dos riesgos, el riesgo de que como es imperfecto lo que hablamos de Él, más vale hablar de fútbol. ¡No! aunque sea imperfecto, "es" y es un don el poder hablar de Dios. ¿Sabéis esa diferencia que hay entre los cristales transparentes, translucidos y opacos? Nos enseñaban en el colegio: hay tres tipos de seres, los transparentes a los que pasa la luz perfectamente, los translucidos que pasa la luz en parte y los opacos. En esta vida a Dios no lo conocemos ni de forma transparente pero tampoco opaca, es translucida. Pasa su figura, aunque no pasa totalmente la imagen, pero pasa su figura. Algo podemos conocer de Él, luego acerquémonos a Él, aunque con humildad porque tampoco sería prudente que esa imagen de Dios que nosotros conocemos en parte, que nosotros hablemos de ella con imaginaciones y con

concreciones que nosotros nos somos capaces de percibir, porque uno pasa por un cristal traslucidos y dice ¿Y de que color tenía los ojos el que estaba al otro lado del cristal? Pues eso no se puede ver, a través de un cristal traslucido no se puede ver el color de los ojos. Entonces, entre lo transparente y lo opaco en esta vida estamos en este conocimiento traslucido.

También ahora mismo el ejemplo que acabo de utilizar, ejemplo es. Tampoco cojamos todo al pie de la letra, o sea, los ejemplos hay que cogerlos en la medida en que sirven, y en la medida en que no se pueden aplicar directamente, dejémoslo a un lado. Por ejemplo, es impresionante conocer el episodio de Santo Tomás de Aquino, quien ha sido uno de los mayores teólogos y filósofos en la historia de la Iglesia y que escribió la Suma Teológica. Después de escribir la Suma Teológica en la que tan bien habla de Dios y es para nosotros una referencia de todos los siglos desde la Edad Media, y que la Iglesia aconseja a los seminaristas que se sirvan de la Suma Teológica y a los sacerdotes, etc. Cuando Santo Tomás de Aquino terminó de escribir la Suma Teológica y en los últimos años de su vida tuvo una experiencia mística en la que Dios le dio a gustar (a comprender de una manera distinta a la racional) a través de una experiencia mística de la verdad de Dios y de la belleza de Dios, le pareció tan impresionante lo que había atisbado que era como un pequeño adelanto de la visión de Dios. Le pareció tan imperfecto lo que había escrito que tuvo la tentación de quemarlo, menos mal que no lo dejaron. Eso no quiere decir que lo que había escrito estuviese mal escrito o contuviese errores, no, lo que pasa es que la visión de Dios es esencialmente superior. Esto quiere decir que tenemos que hablar de Dios con humildad y la teología tiene que ser teología arrollada, no una teología arrogante que trata de Dios como si Dios fuese un objeto. Acordaros de aquel famoso episodio de San Agustín de aquel niño que le reprochaba que Agustín intentase hablar de Dios como si fuese un objeto que metía en su cabeza cual ese niño pretendía meter el mar en el agujero de la arena. Pero yo ¿cómo puedo pretender meter el mar en el agujero de arena que he hecho en la playa?, pues así yo tampoco puedo meter a Dios en mi cabecita. Hay que hablar siempre de Dios con ese sentido de humildad. Bien, pasamos al punto siguiente.

Punto 43

Al hablar así de Dios, nuestro lenguaje se expresa ciertamente de modo humano, pero capta realmente a Dios mismo, sin poder, no obstante, expresarlo en su infinita simplicidad. Es preciso recordar, en efecto, que "entre el Creador y la criatura no se puede señalar una semejanza tal que la desemejanza entre ellos no sea mayor todavía" (Concilio de Letrán IV: DS 806), y que "nosotros no podemos captar de Dios lo que Él es, sino solamente lo que no es, y cómo los otros seres se sitúan con relación a Él" (Santo Tomás de Aquino, *Summa contra gentiles*, 1,30).

Por tanto, el hombre sí puede conocer a Dios, pero el conocimiento que tenemos de Dios es parcial y complejo, no es el conocimiento de simplicidad que tenemos en el cielo. El conocimiento de simplicidad que es el de la visión de Dios, que es que, viéndole

a Él casi conocer y amar se funden. En esta vida, una cosa es el conocimiento y otra cosa es el amor. Cuando en el cielo conocemos a Dios a través de la visión beatífica, conocer y amar son una sola cosa, y a Dios se le conoce de una manera intuitiva, simple. Yo a Dios por la visión beatífica lo puedo conocer en su integridad, en su totalidad, aunque toda la eternidad será corta para poderle abarcar plenamente, para poder fundirme con Él, pero le conozco en su plenitud, en esa visión beatífica. Por tanto, el problema que tenemos aquí es que no sabemos ser simples porque somos complicados. Acordaos como Jesús nos puso como ejemplo la simpleza de los niños, la sencillez de los niños “Si no os hacéis como niños no podréis conocer a Dios”. Somos demasiado complicados, el pecado nos ha hecho demasiado complicados para conocer a Dios. Hazte niño para que siendo niño tengas más posibilidades de conocer a Dios. La visión beatífica de Dios en el cielo está más cerca de la inocencia de un niño que de la sabiduría de un premio nobel.

En el Concilio IV de Letrán, que lo trae a colación este punto dice “Entre el creador y la criatura hay una semejanza, una analogía, pero ¡jojo! Siempre será menor esa semejanza que la diferencia que hay entre nosotros y Dios. Siempre será mayor por la infinitud de Dios. El milagro de la gracia es que Dios en la medida en que nos va santificando, cada vez nos hace más semejantes a Él hasta fundirnos en la visión beatífica. Luego se trae aquí también otra cita de Santo Tomás de Aquino en la que se dice que hablamos con más precisión de Dios cuando decimos lo que no es, que cuando decimos lo que es. Dios es infinito. No tiene límite. Es más fácil hablar con precisión de Dios en la medida en que se habla con un lenguaje en el que se afirma lo que Dios no es. Dios es inmenso, Dios es infinito, etc. Por ejemplo, si decimos Dios es generoso, ¿Qué ocurre? Que cuando utilizamos términos que no son términos que nieguen el límite, sino que afirmen algo concreto, sí, Dios es generoso, pero no como la generosidad nuestra sino algo muy superior. Dios es veraz pero no como lo que nosotros entendemos por veracidad sino algo muy superior. Siempre cuando hablamos de Dios tenemos que trascender los términos que estamos utilizando. Hemos llegado hasta aquí.

Si nos preguntamos cual es la conclusión de esta exposición que hemos hecho y que tiene como título “¿Cómo hablar de Dios?” Pues yo diría dos cosas:

1. Con confianza porque este lenguaje que Dios nos ha dado y esta capacidad de conocer son reales.
2. Con humildad, porque Dios no es un objeto de laboratorio que lo metemos en una lupa y allí lo controlamos.

Hablemos con Él con confianza porque Dios nos ha dado la gracia de ser interlocutores suyos. Al mismo tiempo hagámoslo con mucha humildad, porque en el fondo para hablar bien de Dios tenemos que escucharle a Él hablar de nosotros, para que así nosotros podamos hablar de Él. Es como cuando unos hijos se ponen con el oído pegado a la puerta “Están los papas hablando de nosotros. A ver que dicen de nosotros” Y escuchan lo que los padres dicen de los hijos para que luego puedan los hijos hablar

de sí mismos y de los padres. Algo así nos pasa a nosotros, vamos a escuchar lo que Dios dice de nosotros que esa es la revelación para que podamos hablar mejor de Él y con más precisión y con más consciencia de lo que decimos.

ALABADO SEA JESUCRISTO